

MAGNETO

Me acuerdo perfectamente del día que cumplí los siete años. Era un día ventoso. Recuerdo que dormía yo plácidamente cuando escuché de repente, en la habitación de al lado, una jauría de camellos, toros, caballos, gallos y otros animales. Ni me inmuté. A continuación, como todos los días, oí la conversación de siempre. Primero mi madre:

—Cariño, si no cambias el sonido de ese despertador me vas a matar de un susto.

Y después mi padre:

—Mi amor, sabes que es un regalo muy especial de mis padres.

Al parecer, cumplir siete años no hace que el mundo cambie. Todo sigue igual. Evidentemente, en ese momento ignoraba lo que el destino me tenía preparado para aquel día. Y sobre todo para aquella noche.

La puerta de mi habitación se abrió de repente, y entraron mis padres como una jauría, como si en vez de personas fueran camellos, toros, caballos o gallos. Saltaron sobre la cama (conseguí apartarme por un pelo, casi me chafan) y me gritaron:

—¡Felicidades! —casi me dejan sordo.

—Gracias, gracias. —alcanzaba yo a decir sacando la cabeza de entre abrazos y besos. Tanto amor, un día me asfixiará. Estoy seguro.

—Bueno, bueno, ya has crecido... -dijo mi madre con la mano encima de mi cabeza como si estuviera midiéndome.

—Y Creemos que ya estás preparado. —le siguió mi padre entornando los ojos. Se miraron como contando una, dos y tres y dijeron al unísono:

—¡Esta tarde iremos a casa de los abuelos!

Puede que os sorprenda. La mayoría de las personas ha ido a casa de sus abuelos desde su más tierna infancia. No es mi caso. Yo conocía a mis abuelos, claro. Habían venido a verme muchas veces y me habían llevado al cine, al teatro, al fútbol..., en fin, esas cosas. Pero ir a su casa..., eso ya era diferente. Cada vez que yo decía: “¿Por qué no vamos a casa de los abuelos?”, la respuesta siempre era la misma: “Uf, no es posible”. “¿Tan lejos viven?”, insistía yo. “No, es que eres muy pequeño todavía, no estás preparado”, me respondían.

¿Cómo sería su casa? ¿Qué clase de secreto escondían? Aquel día lo descubriría.

El tiempo pasó lento como una tortuga hasta que llegó la tarde, y mi corazón parecía una liebre agitada dando patadas dentro de mi pecho: boum, boum, boum. Y más aún cuando, apenas mi madre había arrancado el coche, mi padre se volvió hacia mi asiento y me dijo:

—No tiene por qué darte miedo. Eso sí, no seas tonto y no toques nada. Si no lo haces, nada de lo que veas, aunque te asuste, puede hacerte daño —la verdad es que si lo decía para tranquilizarme, no lo consiguió.

Yo iba preparado para un viaje largo. Iba imaginando dónde vivirían. ¿En una montaña altísima y peligrosa? ¿Al borde de un acantilado misterioso? ¿En la espesura de una selva?...Y ya está. No me dio tiempo a pensar nada más. No llevábamos ni cinco minutos, cuando mi madre detuvo el coche. Puso el freno de mano, “Raaaaas”, ese sonido era la confirmación. Habíamos llegado.

—Es ahí. —señaló mi padre.

Por fuera parecía una casa normal y corriente.

Yo me adelanté y me dirigí directamente hacia el timbre con la clara intención de pulsarlo. Desde el coche escuché:

—¡Esperaaaaaa!

—¡No toq...!

Pero ya era tarde. Mi dedo llevaba muchos años soñando con ese momento. Y no se iba a detener tan fácilmente. Apreté aquel botoncillo y en aquel momento, en vez de una campanilla, un ding-dong o un ñññññññ normal y corriente, escuché el estruendo de una manada de elefantes enfurecidos, presa del pánico, que en estampida corrían por el pasillo en dirección hacia mí. Me lancé a un lado, justo cuando la puerta se abría. Sentí el destello de un rayo, y escuché unas risas. Un olor de humo químico impregnó el aire. En ese momento pensé que esa era la puerta del mismo infierno.

Pero cuando abrí los ojos, vi a mis abuelos, partidos de risa. Llevaban una cámara de fotos antiquísima. El flash era como los que se ven en las películas en blanco y negro, de esos que para emitir luz, producen una pequeña explosión. Todavía humeaba.

—¡Ja, ja, ja! Para el álbum familiar —dijo mi abuela.

—¿Pero, por qué no cambiáis el timbre? —dijo mi madre.

—Para espantar moscones —respondió mi abuelo.

—Vais a matar a alguien de un susto —dijo mi padre.

—¡Ja, ja, ja! —rieron mis abuelos.

Me contaron después que no era extraño encontrarse alguna persona desmayada en la puerta. Especialmente carteros. Cada vez que había un cartero nuevo en el barrio lo esperaban tras los visillos como dos chiquillos traviesos. El pobre infeliz pulsaba el timbre, pegaba un grito y caía desmayado. Mis abuelos después le hacían pasar y le daban un buen almuerzo y un vasito de agua de azahar para que se le pasara el susto.

Pero muchos no querían pasar. Por lo que veían al asomarse al pasillo. Yo lo vi en ese momento: el pasillo estaba lleno de animales salvajes que te miraban fijamente, con fiereza, con sus fauces abiertas. En realidad no era demasiado peligroso porque los animales no estaban enteros, solo sus cabezas disecadas. Pero impresionaba.

—Papá —le dijo mi padre a su padre—, no entiendo por qué tienes tantos trofeos de caza si nunca has tocado una escopeta...

—Ni matado una mosca —completó mi abuela— ¿Verdad, chiquitilla? —se dirigió a alguna mosca que pasara por allí en ese momento.

—Es para espantar pesados —respondió mi abuelo.

Atravesamos aquel pasillo bajo la atenta mirada de los ojos de cristal de hienas, cocodrilos, lobos, osos, ocelotes y otros animales desconocidos para mí hasta ese momento. A mí me gustaba. Mi madre me dijo al oído:

—Los guardaron aquí para ayudar al museo de ciencias naturales cuando hicieron reformas. Ahora, este pasillo es como un almacén auxiliar del museo. Llevan muchísimos años disecados. No les tengas miedo.

Llegamos a la cocina. Aquella era la cocina con más utensilios del mundo. Allí, se acumulaban miles de artefactos inverosímiles. Así se lo dijo mi madre:

—Esto está lleno de artefactos inverosímiles.

A mis abuelos les divirtió aquello:

—¡Ja, ja, ja! “¡Artefactos inverosímiles!”. Parecen los nombres de dos personajes de cuento —dijo mi abuela.

—Hola, Artefacto, ¿cómo está usted? —dramatizó mi abuelo con voz nasal.

—Hola, Inverosímil —le siguió el juego mi abuela—. Yo bien. Y usted, ¿qué tal se encuentra?

—Vale, vale —intervino mi padre—. Menos cachondeo. A ver si es necesario un rallador de queso, otro de pan, un pelapatatas, un pelazanahorias, un pelacebollas, un pelanaranjas, un pelaperas, un machacaajos, un escurrepasta, un escurreensalada, un escurre... un escurre... un escurre...

—Escurre, escurre, me escu... —empezó a cantar mi abuelo.

—Escurre, escurre mi corazón —le siguió mi abuela. Y se pusieron a bailar. Eran así.

En la mesa de la cocina había un gran bizcocho, casi tan grande como yo. Por un momento pensé que podía haber algo dentro. O alguien. Mi abuelo puso la bandeja con el bizcocho en el portaequipajes de una bicicleta abollada y dijo a todos:

—Vamos, ¡al salón!

A continuación, se dirigió a mí:

—Sube.

Me senté en el sillín y mi abuelo pedaleó por el pasillo hasta la puerta del salón, que aunque era la siguiente puerta del pasillo, no estaba cerca. Aquel pasillo era larguíisimo.

Por el camino, entre cabezas de cebras, rinocerontes, tigres, leones, elefantes y avestruces, le pregunté:

—¿Porqué llevas la bicicleta con el bollo?

—No es un bollo, es un bizcocho —respondió él.

—Me refiero al golpe que tiene el faro. El faro está abollado. ¿Por qué no usas otra bicicleta?

—Porque no hay más bicicletas en esta casa, con esta me basta.

—¿Y no le arreglas el bollo?

—No, me gusta más así.

En ese momento llegamos al salón. En el salón de mis abuelos no había sitio para el polvo. Quiero decir que estaba limpio, pero también que casi no cabía ni el polvo, había cientos de artefactos: máquinas de escribir antiguas, gramófonos, relojes parados, decenas de aparatos de radio con la carcasa de madera, instrumentos musicales extrañísimos...

Al rato llegaron mis padres y mi abuela que venían andando y empezamos el bizcocho. ¡Estaba buenísimo! Comí un montón. No tanto como para que me doliera la barriga, pero sí mucho. También bebí un montón de..., aquello: zumo de mediopiña con casimelón, dijo mi abuela que era. De zumo sí que bebí demasiado. Debí habérmelo pensado mejor. No es que me doliera nada, pero todo aquel líquido por dentro de mí, tarde o temprano querría salir. Así fue. Y se esperó a que fuera bien tarde. Tan tarde que ya era de noche. De noche en una casa llena de artefactos, utensilios, cabezas de animales y otras cosas que todavía no he contado. Tan tarde que todo el mundo estaba durmiendo y yo estaba solo en una habitación. Solo. Tan tarde que toda la casa estaba oscura y en silencio. Oscura y en silencio. ¡No tenía ninguna intención de ir al baño hasta que saliera el sol! Pero eso es algo que no siempre le corresponde a uno decidir. Lo retrasé todo lo que pude, pero al final, me rendí a la evidencia: había bebido demasiado zumo como para esperar más. En ese mismo momento la urgencia era casi máxima.

Para llegar al aseo tenía que cruzar el pasillo de los retratos. Yo lo había visto por la tarde, con luz, cuando todavía era de día y ya daba miedo. Era un pasillo estrecho con las paredes repletas de cuadros con caras de personas. Había fotografías recientes: las que hacían mis abuelos a las personas que entraban en su casa. Esas tenían los pelos de punta y una expresión de terror en la cara. Pero también había fotos muy, muy antiguas y también retratos pintados. Decenas de personas te miraban cuando pasabas por allí.

Mi padre me había contado que eran amigos de la familia. ¡Vaya amigos! Algunos retratos parecían de personas despiadadas, de esas que no quisieras encontrarte en un callejón oscuro. Otros, aparecían pálidos y enfermizos, pero con una sonrisa pícaro. Incluso había uno, grande como una puerta, que mostraba a una persona de espaldas.

—¡Ja, ja, ja! Ese es Juan Sincara —me había dicho mi padre aquella tarde—. Esa de ahí, María Malamuerte. Allí, Manuel Quebrantahuesos; Gertrud, la Apestosa; Vicente, el Fallecido...

—Vale, vale. Creo que no me hace falta conocerlos a todos —confesé.

Ahora era de noche. Noche oscura y ventosa. Encendí la luz intentando sentir determinación. Encima del escritorio había un candelabro, con velas y una caja de cerillas. No era casualidad, es que en la casa de mis abuelos se iba la luz a menudo. Aunque la corriente eléctrica no se había ido, decidí coger el candelabro y alumbrarme con las velas para ver menos las caras de los retratos. Parecía buena idea. Pero no lo fue: con la luz bailarina de las velas, las caras parecían cambiar de expresión.

Intenté mantener la compostura, caminando por aquel pasillo, y creo que lo conseguí hasta que recibí una colleja. ¡Plas! Me giré y todos los retratos pusieron una cara de inocente muy falsa, y, además, tenían las palmas de las manos levantadas hacia delante con expresión de “Yo no he sido”.

Eché a correr como un loco, sintiendo el aire en la cara..., y en las velas. Nunca corras si te alumbra con un candelabro que llevas en la mano. Por lo menos si no quieres quedarte a oscuras. Así me quedé yo: a oscuras. En mitad de aquel pasillo que en ese mismo momento se llenaba... sino de carcajadas, por lo menos de risitas disimuladas. Alguien chistó: “chsssssss”, y las risitas callaron. A la oscuridad se sumó el silencio. No me gustaba aquella situación.

Palpé la pared buscando el interruptor pero alguien me dio un manotazo. De nuevo las risitas contenidas de muchas personas resonaron por toda la pared.

Entonces sí que no supe qué hacer. Quedarme quieto no podía, porque tenía una urgencia fisiológica cada vez más acuciante. Pero ir al baño a oscuras no sabía.

Daba unos pasitos para acá, otros para allá, sin saber qué hacer.

“¿Será para acá? ¿Será para allá? ¿Será por aquí?”

Cuanto más te mueves en la oscuridad es peor. Cada vez es más difícil orientarse.

Menos mal que mis ojos se fueron acostumbrando y pude distinguir un ligero resplandor que salía de la pared, frente a mí. El gran retrato de Juan Sincara era en realidad una puerta. Y había luz al otro lado.

Haciendo acopio de valor empujé un poquito el cuadro y, efectivamente, se abrió. Al ver lo que había al otro lado me quedé con la boca abierta como una entrada de metro. Allí, había cientos

de teléfonos de todo tipo. Y en un rincón, al fondo, estaba mi abuelo. No quería acercarme hasta él sin que se diera cuenta y darle un susto de muerte, así que le llamé.

—¡Abuelo!

Se levantó de un salto y descolgó el auricular del teléfono, tipo góndola, que tenía a su izquierda.

—¿Sí? —respondió a una llamada que no existía-. ¡Vaya, este no es! —cogió otro que tenía a su derecha:

—¿Sí? No, este tampoco.

—¡Abuelo! —volví a a llamar.

—Ah, parece que es el manos libres. ¿Sí? ¿Quién es? —preguntó al aire.

—Gregorio —respondí.

—¿Qué Gregorio?

—Pues tu nieto. ¿Qué Gregorio voy a ser?

—Ah —se alarmó— ¿y cómo has conseguido línea?

—¿Qué línea? Estoy aquí, detrás de ti, en la puerta.

Dio un salto que casi se cae de la silla.

—Pero nieto... ¿Como se te ocurr...? ¿Cómo has descubier...? Ejem. Vaya, qué alegría. ¿Cómo demonios has encontrado...? Me pillas saliendo, hale vámonos —estaba realmente alterado.

—Abuelo, ¿qué es esta maravilla? Nunca había visto tantas clases de teléfonos.

—Vaaale, pasa, pasa. Pero solo hoy. Este es mi rincón favorito. Mira, los objetos no son solo lo que parecen. Los objetos guardan voces. Y aquí más que en ningún sitio. Aunque algunos dejaron de funcionar hace tiempo. Todos dicen cosas, solo hay que saber escucharlas -me puso el auricular en el oído.

—Hola Gregorio, ¿qué haces despierto a estas horas? —era la voz de mi abuela— No me digas: el zumo de mediopiña y casimelón. ¿A que sí? —además de por el auricular la escuchaba a través de la pared. Debía de estar en la habitación de al lado.

—Sí.

—Bueeeno, pues ya sabes nuestro secreto. Tu abuela y yo hablamos por teléfono.

—¡Vaya un secreto! Todo el mundo habla por teléfono... Claro que no con alguien que está tan cerca.

—¿Qué pensarían de nosotros si se enterara alguien? Nos mirarían como bichos raros.

No quise decirle nada, aunque la manera de vivir de mis abuelos, con esa casa, tantos artefactos y todo, no era muy habitual. Supongo que las personas que entraran en la casa, de lo que menos se extrañarían, sería de esas conversaciones.

—¿Y por qué no habláis en persona?

—Es que tu abuela y yo nos hicimos novios hablando por este mismo teléfono. La primera vez fue el día de tu cumpleaños.

—¡Venga ya! Eso es imposible.

—El día de tu cumpleaños, pero muchos años atrás. Nos gusta recordarlo, y todos los años, en ese día, hablamos por teléfono como aquella vez. ¿Sabes?, tu abuela trabajaba en las mismas oficinas que yo, aunque en otra planta. Nos comunicábamos por este cacharro.

—Si no tiene disco. ¿Qué clase de aparato es?

—Teléfono de magneto... No, no de Magneto, el superhéroe, que ya te veo venir. Fabricado por L.M. Ericsson en Estocolmo, Suecia, en 1934.

En ese momento entró mi abuela.

—Si quieres te acompaño. Estos pasillos pueden impresionar un poco a quien no esté acostumbrado. Por muy valiente que sea.

—Uy, pues sí —aunque con la emoción del momento, se me había olvidado un poco la necesidad de ir al baño, con las palabras de mi abuela volvió a hacerse presente ¡y urgente!

Mi abuela me acompañó encendiendo todas las luces. Y luego me llevó a la habitación. Se sentó a los pies de la cama y me contó:

—Los teléfonos no se conectaban unos con otros automáticamente como ahora. Para hablar con alguien, había que llamar a la operadora. Lo habrás visto en las películas. Ese era mi trabajo. Se ponían en contacto conmigo y me decían con quién querían hablar. Tu abuelo tenía este teléfono. Ese mismo.

—¿Así hablasteis por primera vez? ¿Por teléfono?

—Bueno, no exactamente. Ja, ja, ja. En realidad, gracias al teléfono nos reencontramos. Yo conocí a tu abuelo porque fue la primera persona que vi al bajar del autobús que me traía a esta ciudad. Me vine del pueblo para trabajar.

—¿Y él te vio a ti?

—¡Y tanto! Se me quedó mirando. Lo malo es que iba en bicicleta. No es bueno dejar de mirar al frente cuando se va en bicicleta. ¡Boum!, se estampó contra un cerezo. Yo acudí corriendo a auxiliarle.

—¡Ah, claro, el bollo de la bicicleta se lo hiciste en ese momento! Por eso no lo arreglas— le dije a mi abuelo.

Él asintió.

Me giré hacia mi abuela:

—¿Y que hizo él?

—Poco. Solo decir “¡ay, ay!”. ¡Ja, ja, ja! Cuando abrió los ojos, estaba aturdido. Lo primero que dijo fue: “¡Es que van como locos!”. “¿Quién, los cerezos?”, le pregunté yo, muerta de risa. Él

se sintió apurado de la tontería que acababa de decir. Lo más gracioso fue que el cerezo estaba en flor. Con el golpe cayeron muchos pétalos. “¿Nieva?” Preguntó sorprendido. Eso me hizo mucha gracia.

—Y os enamorasteis.

—¡Eh, no tan rápido! Cuando se repuso un poco del golpe, nos despedimos pensando que no nos volveríamos a ver... ni a oír.

—Ah, pero os volvisteis a encontrar a través de Magneto...

—Teléfono de magneto, perdona —puntualizó mi abuelo que entraba la habitación en ese momento—. Fabricado por L.M. Ericsson en Estocolmo, Suecia, en 1934. La verdad es que yo no te reconocí la voz al principio —le dijo a mi abuela.

—Ya. “Por favor, señorita, ¿puede usted pasarme con el departamento de ventas?”, me decía. O de personal, o de cualquier otra cosa. Y, oye, no es que yo estuviera perdidamente enamorada, ni mucho menos, pero sí que me hacía gracia. Un día, cansada de que no se acordara de mí, decidí pasar a la acción.

—Una nota, ¿a que sí?

—¡Pues sí, una nota! Pero dentro de una cesta de cerezas. “De parte de Adela, la operadora”. A ver si caía.

—¿Y cayó?

—¡Que si caí! —dijo mi abuelo

—¡Que si cayó! —repitió mi abuela

—¡Ja, ja, ja! —rieron los dos

—¡Menudo trompazo me di! —dijo mi abuelo.

—Es que se la dejé en la puerta de su despacho, en el suelo. Creo que no fue buena idea —confesó ella.

—La pisé y me caí. ¡Menudo golpe! Cuando recobré el conocimiento, lo primero que vi fue a tu abuela. ”Vaya, señorita -le dije-, cada vez que beso el suelo se encuentra usted en las inmediaciones”. Ja, ja, ja.

—¿Y qué contestaste, abuela?

—¡Es que las cerezas van como locas! Eso le dije. Y lanzando al aire un montón de papeles, añadí: De nuevo nieva y...

Hizo una pausa.

—¿Y qué?

—Pues que para la hora que es, ya nos hemos entretenido bastante. ¡A dormir!

—Ja, ja, ja... —me reí yo—. Mira que sois antiguos. Hoy en día ya no se cortan las historias cuando llega el beso.

Se fueron cogidos de la mano y yo me fui tranquilamente a mi cama. La verdad es que durante el resto de la noche, me pareció oír los cuchicheos de los retratos del pasillo, los ruidos de los animales disecados y otros muchos ruidos. Pero como de fondo también escuchaba las risas de mis abuelos recordando aquello que había pasado tanto tiempo atrás, dormí tranquilo. Muy tranquilo.

Pablo Albo